

CARTA
PANEGÍRICA.

ALL

1944-1945

CARTA PANEGÍRICA
de
ANDRÉS NIPORESAS
Á UN TAL
Don Clemente Diaz,
GRAN POETA Y LITERATO,
EN CONTESTACION Á CIERTA SÁTIRA
contra el
POBRECITO HABLADOR.

MADRID.

IMPRESA DE REPULLÉS.

Febrero de 1833.

*Se hallará á 2 reales en la librería de
Escamilla , calle de Carretas.*

Válgame Dios, señor don Clemente Diaz, y qué vehementes deseos tenía yo de que saliera á la palestra, armado de punta en blanco, todo un paladin, como vuestra merced parece, contra mi amigo el buen Bachiller Munguía. ¡Ya decia yo! Alguna desgracia debe de haberle ocurrido al señor don Clemente Diaz cuando ni su conocida reputacion, ni su espíritu caballeresco, ni su mucho fondo de literatura han sido parte para obligarle á manchar cuatro páginas contra el impertinente Bachiller. ¡Gracias á Dios que nos ha quitado vuestra merced tan grande duda y sobresalto! Yo le juro como soy Niporesas que su enemistad y su intervencion hacian falta notable á la buena fama de mi amigo Munguía.

¿Vuestra merced tan comedido y tan

mesurado en toda su vida, como ha dicho cierto autor moderno, que nadie le conocia por poeta ni por literato hasta la presente? Verdad es que esto de no conocerle nadie ni por uno ni por otro, mas que de no ser digno de verse como tal por todas las Españas pregonado, dependia de esa fatalidad que han de tener todos los hombres de pró de ir acompañado su mérito de la mas perfecta modestia. Esta es la causa que ha debido tenerle hasta ahora tan atrasado en el concepto público. Pero no hay cuidado; todavía es tiempo de remediar, mal que bien, el daño que le ha causado su modestia referida; háse roto la nube caliginosa donde estaba malamente escondido su mérito, que solo puede ganar con ser bien conocido, y ya amanece vuestra merced, como un astro apagado por las puertas del oriente de la literatura.

Mi primera idea cuando tuve la primera noticia de que un literato (entonces no sabia yo todavía que habia de ser vuestra merced) iba á escribir contra el Bachiller, sépase que fue acrivillarle á sátiras y folletos, y no dejar en sus es-

critos pedazo entero y sano tamaño como una avellana, ó como la especulacion de vuestra merced, que todo es comparar. Pero luego que supe que era el impugnador un hombre tan conocido como don Clemente Díaz, guardárame yo muy bien, dije para mí, de seguir en tan loco empeño; á mas de respetarle como si fuera el mismo cólera-morbo, vínome á la imaginacion que debia de haberse hecho con su bien parlado folleto un numeroso partido, compuesto todo de los ofendidos por el Hablador. ¡Qué de usureros prestamistas y qué de calaveras tramposos no miro ya en derredor suyo dispuestos á defenderle, qué de libreros mándrias, qué de autores silvados, qué de poetas éticos de circunstancias, qué de capitanes de ocho años y de vistas ciegos, qué de queridas de intendentes, qué de públicos de todas especies, qué de perezosos de aquellos de *vuelva usted mañana*, qué de actores batuecos, qué de batuecos convidadores, qué de gentes, en fin, que ni escriben ni leen, ni leen ni escriben, ni hablan, ni oyen, tendrá dispuestos á sacar la cara por sus escritos!

Verdad es que ellos son tales que no han menester encarecedores ni abogados; ellos solos se recomiendan por ser quien son, y por ser de mi señor don Clemente Diaz, autor tan famoso en las edades futuras; porque es de advertir que si quiere llevar tan alto epíteto, solo de esa manera ha de ser, pues que ni ya lo fue en los tiempos pasados, ni menos lo es en los presentes; culpa no de él, sino de los demas, que ignorabamos, como unos bestias, que teniamos un hombre siquiera en el pais, y que ese era don Clemente Diaz.

Héme propuesto hacer su elogio, porque ha de saber que si tiene algun apasionado, ese soy yo, y para que vea si soy amigo suyo, ha de tener entendido que yo sé que ha escrito un folleto, y esto prueba el interés que por sus cosas me tomo, atendido que no lo sabe nadie sino yo, el cartelero que ha puesto los carteles, y v. m. que lo sabrá tambien, pues es sin duda hombre que sabe lo que hace. Y uno de los motivos que me precisan á escribir esta carta es el deseo de que lo sepa el público; en saliendo lo

sabremos todos; pero sépase ó no se sepa, el caso es que v. m. ha escrito un folleto, y que este folleto es de don Clemente Diaz, lo cual será una verdad eterna, aunque nadie mas que él y yo lo sepamos, porque no dejan las cosas de ser ciertas por no ser sabidas, y pondré un ejemplo; supongamos por un momento que v. m. tiene talento, pero que esto no lo sabe nadie; ¿dejará por eso de existir el talento de v. m. en su cabeza ó en cualquiera otra parte del cuerpo (que ni esto está averiguado, ni yo ignoro que cada uno tiene su poco ó mucho talento donde buenamente puede)? Dígame v. m., ¿dejará de tener el tal talento porque nadie lo haya podido traslucir hasta ahora? Ya se ve que mi argumento no tiene respuesta.

No quisiera yo, por lo mismo que soy tan apasionado suyo, que se creyera parcial mi elogio; esto es ¡vive Dios! lo que me da pena, porque si digo que es malo el folleto, y hablo mal de don Clemente Diaz, me han de responder luego, no que es gana de disimular nuestra amistad, sino que se descubre la que á mi amigo el

Bachiller profeso; y si digo que es bueno, dirán que me burlo de mi señor don Clemente Diaz, y ¡voto va! que si tal dicen, mienten, y remienten cuantas veces lo dijeren, que ni yo me burlo de v. m., ni yo ignoro lo que vale un don Clemente Diaz en estos tiempos tan escasos de poetas buenos y de literatos profundos.

Dígame sino; si v. m. no acertára á tomar cartas en el juego, y á sacar la cara por los abusos y necedades criticados en el Hablador, ¿quién diantres la habia de haber sacado? Quedáranse los necios menesterosos sin amparo ni defensa, que fuera gran lástima.

No me dieran á mí otro trabajo que probar hasta la evidencia que v. m. no solo es literato, en cuanto á que tiene esas letras tan gordas que dice, sino tambien caballero y generoso, amigo de enderezar tuertos y desfacer agravios. Prenda muy recomendable en estos tiempos tan egoistas que alcanzamos, y mas para él, que de esa suerte podrá enderezar el que á sí mismo se ha hecho con su folletillo, por lo cual aunque no fuera

tan literato como es, habia de bastar aquella prenda para hacerlo pasar por hombre de bien, ya que no por poeta, como le sucedia á don Eleuterio Crispin de Andorra; y tambien le juro á v. m. que vale mucho mas ser hombre de bien y salvar su alma que hacer buenos versos, sino se pudieren reunir entrambas cosas, lo cual seria lo mejor. Por ejemplo, ahí tiene v. m. á un Arouet (ya sabrá quien es, y si no yo no se lo puedo decir mas claro). ¿De qué le parece á v. m. que le sirvió hacer su Zaira y su Mahoma, con otras frioleras de gusto, si á la hora de esta debe de estar probablemente hecho un torrado en los profundos? Esto es lo que me da rabia cuando leo un hermoso trozo de Homero, y aun de Virgilio; siempre arrojo el libro diciendo: ¿qué lástima que estos hombres no fuesen buenos cristianos, y hombres de bien como don Clemente Diaz! Pues ¿y cuando leo á Horacio, á Juvenal y á Persio, y á Boaló, como v. m. escribe, ó Boileau, como se llamaba él y escribimos nosotros? Entonces me ocurre al momento la misma idea que á v. m. Si los

abusos no se han de corregir por mas sátiras que se escriban, ¿para qué escribirlas? Eso mismo digo yo; por ejemplo: si mi amigo el Bachiller no ha de dejar de hablar, aunque mas escriba v. m. folletos, ¿para qué es cansarse en escribirlos? Eso digo para mí, y ya le hubiera citado á v. m. en varias ocasiones y en diversas casas si no fuera porque, á pesar de lo famoso que ha de llegar á ser con el tiempo si sigue escribiendo folletos, no gusto nunca de hablar por boca de ganso, sino decir mis ideas tales cuales son, y mas que no se asemejen á las de don Clemente Diaz, que todos no es posible tengamos las mismas ideas, como v. m. conoce mejor que yo.

¡Ay qué bien ha hecho su maestro de primeras letras en ponerle á escribir! porque yo supongo generosamente que cuando empezó el folleto ya sabia leer de corrido; no porque yo crea que necesita irse soltando su estilo, que ya anda demasiadamente suelto, sino porque si lo hemos de leer no hay otro medio sino que v. m. lo escriba. ¡Y cómo conoció el pícaro del maestro lo que podia

prometerse del buen ingenio de don Clemente Diaz! ; Apostára yo el valor del primer ejemplar del folleto de v. m., si es que se ha vendido ya, á que son para él las utilidades! ; Y cómo lo ha entendido el muy ladino!

; Como cuánto tiempo hará que vuestra merced hace versos, señor don Clemente Diaz? ; Cómo fue el descubrir v. m. que tenia esa estupenda habilidad, en sazón de estarse publicando los Pobrecitos Habladores? Otra preguntilla, y es la última por ahora. ; Como cuántos años podrá tener v. m.? Porque si como es de ingenioso es de precoz, ; voto á Apolo que es una maravilla mi señor don Clemente Diaz! ; Y qué bien pone la pluma, y cuánto sabe!

Sabe, por ejemplo, hacer él solito palabras compuestas, como v. gr., satíricomanía: sabe citar á Don Manuel Breton de los Herreros y poner su epigrafito y todo, que es un contento. Sabe que el famélico vate no debe lamentarse de lo que se lamentaron otros, sino que cada uno se lamente solo y de cosa distinta, y antes de lamentarse tenga buen cuida-

do de averiguar y saber si se lamentó otro de aquello mismo, y si no, no lamentarse. Si á su merced, por ejemplo, le salieran unos ladrones á robarle y le aporrearán, su merced, que es *vate famélico* segun parece, no debiera lamentarse mas que le hubieran llenado de chichones el occipital ó el frontal, porque ni su merced seria el primer aporreado, ni el primero que se ha lamentado de algun aporeo. Asi que todo el toque del escribir está en hacerlo con anterioridad á los que han escrito antes que uno, cosa muy sencilla mirándolo despacio. En esto sigue don Clemente Diaz su misma regla; por no repetir ideas de otros, tiene él las suyas hechas de tal manera que ni yo las vi iguales, ni parecidas, en autor alguno que le haya antecedido, ni espero ;qué esperar! que ningun hombre de talento pasado, presente ni futuro diga las cosas que don Clemente dice. ;Tanta es su originalidad y su deliciosa estravagancia!

Sabe decir su merced que *gustara acaso Pérsio si escribiera solo*, añade que tambien Juvenal gustara con la misma

circunstancia , y concluye diciendo que tambien otros ciento gustaran si escribieran solos. Me recordó este paso chistoso, capaz de hacer reir á cualquiera , como sin duda se lo ha propuesto el graciosísimo señor don Clemente, el lance aquel de los doscientos gallegos que volvian de la siega y se dejaron robar porque venian solos.

Don Clemente sabe ademas hacer metáforas, entre las cuales no son las de menos donosa invencion aquella de que *el mundo con muletas anda cojo*, la otra del agostado juicio de mi amigo (*¿si aludirá á que se casó en agosto?*), la otra de dejar ir *su mente á rienda floja*, y aquella otra tan revuelta y enmarañada y llena de escondrijos y retortijones que dice *que esprime el Bachiller el corto zumo de su ingenio para deshacerse en humo de sandeces por cojer un premio de humo*. Esta , esta es la que debe de haberle costado más noches de no dormir y mas dias de no pensar, y por fin la de los *timbres de la nobleza que de la gloria en la mansion habita y eleva sobre el tiempo su cabeza*; y la lindísima de aquel fantas-

mon de arroyuelo que tenia *arrogante estilo* (decir estas cosas es el único modo seguro de no parecerse á ningun otro buen autor). Esto es lo que se llama tener gracia natural para hacer reir, ¿y con qué arbitrio tan sencillo? Con solo reunir don Clemente en sus ratos ociosos palabras de aqui y de alli, barajarlas, y ver qué efecto producen; y mas que no representen ideas que tengan relacion entre sí, en cuyo caso se desbarataria gran parte de la gracia del juego.

Sabe don Clemente Diaz hacer versos aconsonantados sin consonante, cosa que no ha acertado á conseguir ni ha intentado siquiera ningun poeta ni famoso, ni sin fama, como cuando hace consonar *velas* con *vendaba*. ¡Tan cierto es que solo al genio le está reservado abrir sendas desconocidas! Esto me trajo á la memoria aquel otro caso tan sabido del juego de prendas, en que se apuraba una letra y era la g; habia dicho alguno *guitarra*; á usted le toca ahora, señorita, dijo á la persona siguiente el que llevaba el juego, á lo cual contestó ella con gran prisa y raro tino *violin*, y

calló con aquel aire de satisfaccion y des-
embarazo que tiene el que ha salido
triunfante de un grande apuro.

Consonante á *velas*... Vamos, don Cle-
mente, en *elas*. — ¿ En *elas* ? ¡ *vendaba* !
¡ Bravo, don Clemente ! ¿ Ven ustedes ?
Ya salimos del paso.

Recuérdame esto otro cuentecito que
me contó mi maestro: un poeta nuevo,
como vuestra merced, señor don Cle-
mente, tenia que hacer una oda á un
amigo suyo, á quien habian sacramen-
tado; él habia visto que en las odas so-
lia haber unos versos cortos y otros lar-
gos, y dijo: si en eso consiste, odas haré
yo tambien, que es lo que á v. m. le ha-
brá sucedido con los tercetos: hizo, pues,
su oda, y describiendo la mala noche con-
cluía una estrofa con estos dos versos, el
uno quebrado y el otro tan entero como
un burro garañon.

«Y era tan fuerte el viento,
que se apagaban las hachas de los que por purísima devo-
(cion iban alumbrando al Santísimo Sacramento.»

Bien es verdad que si v. m. tenia que
decir precisamente la palabra *vendaba*

por razones particulares que ignoro , y que él acaso sabrá, aunque hubiera hablado mas arriba de velas por el mar del *frívolo*, que aunque no está en el mapa, culpa de los mapistas , sabe v. m. muy bien cual es, no era cosa de andarse horas enteras á buscar consonante en *elas* para decir otra cosa que lo que queria decir ; primero es la verdad que el consonante , y ser franco que ser poeta ; y volvemos á aquello de la hombría de bien ; ya sabe v. m., señor don Clemente, que para ganar el cielo no se necesita tener el oído muy delicado. ¿ Quién sabe si á v. m. le sonará lo mismo *velas* que *vendaba* por la regla de apurar la letra y empezar todo con V.

Lástima grande que no habite encima del cuarto de v. m. algun poeta para que hiciese con él lo que Pedro Corneille con su hermano Tomás : aquel tenia hecha , como v. m. no sabrá , una trampilla en el piso de su habitacion solo para pedirle en los graves apuros consonantes á su hermano, que vivia debajo de él.

Dígame v. m. la verdad , como si

nadie nos oyera. ¿Vuestra merced entiende los consonantes al revés, y cree que han de consonar las palabras por el principio ó por el fin? En ese caso le sucederá lo que á aquel cochero beodo que montó la mula al revés, y tomándole el rabo por riendas, arreaba y pegaba latigazos á su inocente coche.

Sabe el señor don Clemente ademas que todo el que no sea hombre de talento debe domar toros, de donde se infiere que todos los tontos deben ser vaqueros, y que la clase de vaqueros debiera ser la mas numerosa de la sociedad, porque los mas son tontos, como v. m. sabe. V. m. debe saber mucho de domar toros, á no ser que haya dicho lo del *toro* por ser su satirilla en tercetos, y haber de consonar con *oro* y *tesoro*, en cuyo caso no he dicho nada, y tiene él razon, á pesar de que otras veces no se pára en consonantes, y teniendo su *vendaba* á mano para estos casos apurados no habia necesidad de recurrir á la tauromaquia.

¿Y qué de cosas mas sabe v. m.? ¿Apostamos algo á que sabe tambien dónde tiene la mano derecha?

¿Con que ha leído v. m. á Juvenal, y á Pérsio, y á Boileau? ¿Y qué mas libros ha leído v. m.? ¿Como á qué edad empezaria mi señor don Clemente Diaz á leer? ¡Vaya que es un centon mi señor don Clemente Diaz! ¿Ha leído v. m. tambien el Hablador que critica? Porque ya veo que es muy capaz de leer hasta lo que no está escrito, y hasta de escribir lo que no se haya de leer. Yo, amigo don Clemente Diaz, no leo tanto, á pesar de que he leído el folleto de v. m., que, sin vanidad, ni hay muchos que puedan decir otro tanto, ni habrá uno solo que me niegue que se necesita para ello tener aficion decidida á la lectura.

En lo que tiene razon es en decir que los poetas no han de buscar con que vivir, sino gloria, y yo estoy seguro de que él no busca mas que gloria, como se echa de ver en aquello de regalarnos el folleto por dos reales cada ejemplar, que atendido su mérito, es lo mismo que decir *de valde*; asi que la gloria debe de ser para v. m. una especie de maná, si bien yo tengo para mí que no ha de echar muchas carnes con la que le ha

valido su folleto; imagino que le ha de costar algunos dias el digerirla, pues tengo entendido que es alimento fuerte para estómagos flacos. Ni es justo que el poeta vea su comedia, ni que se le premie por ella. ¡Disparate! ¡Cómo se conoce que no ha hecho don Clemente Diaz ninguna comedia! No porque no haya podido, sino por no emporcarse las manos con las medallas de plata carcomidas que suele cobrar el poeta. Supuesto que don Clemente cobra en laureles, ¿como cuánto laurel vendrá á tener v. m. hacinado en su casa? Vamos serios, don Clemente Diaz, hagamos una especulacion, que como nos lo ponga á un precio moderado, ¿quién sabe si pudieramos hacer negocio?

Hánme dicho malos amigos de su folleto que es gran lástima que no tenga mas gracia de la que tiene, porque á tenerla todos nos hubieramos divertido, y v. m. el primero.

No haga caso de habladurías, que si se parára en lo que dicen era cosa de no volver á escribir. Lo único que le aconsejo yo es que cuando diga verdades las

diga claras y no se ande con rodeos, *de la pieza remendada en prosa*, sino que la nombre; diga los verdaderos defectos del Hablador, y si no los conoce acuda á nosotros el Bachiller y yo, que somos uña y carne, y se los heinos de apuntar; algunos tiene que v. m. se ha dejado en el tintero.

Esperamos, pues, señor don Clemente Diaz, que siga en otras sátiras y folletos corriendo tras de la gloria por si la puede alcanzar, aunque ella va de prisa y le lleva bastante delantera: si bien el Hablador no admite ni da contestaciones, yo, que soy su amigo, á quien no alcanza el entredicho, le podré contestar; y si no le contestase mas, lo cual es muy posible, no por eso se desanime, sino escriba y versifique, y no defraude malamente á la posteridad del fruto que podrá sacar de sus vastos conocimientos: tenga entendido que ha nacido para escribir folletos, y todo lo demas es errar la vocacion y no cumplir con la obligacion que traen al mundo los hombres grandes de ilustrar á sus semejantes, si es que v. m. tiene semejantes: yo por mi parte le ase-

guro por la fé de caballero, que aplicándose ha de llegar á hacer sátiras muy regulares, lo cual debe v. m. hacer tanto mas cuanto que puede vivir seguro de que encontrará siempre en mí un panegirista zeloso de su gloria, y de que no se menoscabe en nada la colosal reputacion que tiene adquirida en el mundo literario, como Clemente, como Diaz, como poeta y como satírico, y mas que perjudiquen á los intereses del Bachiller sus claras luces y sus terribles impugnaciones.

Andrés Niporesas.

Nota. Sabedor el autor de esta Carta de que se ha introducido la moda de terminar las cuestiones literarias por medio de *duelos* ó *quebrantos* de huesos, advierte al público que en su redaccion no se admiten palizas ni desafíos.

